

ESTUDIOS FILOLÓGICOS.

DEL LENGUAJE.

I.

Es una verdad consignada en los sagrados libros y reconocida por los más ilustres filólogos, á pesar de todo cuanto se ha dicho en contrario, que el lenguaje tiene su origen en el paraiso. ¿Qué hubiera sido sinó del primer hombre? ¿Podria acaso considerársele como el sér más perfecto de la creacion? ¿Es posible creer que Dios al comunicarle un destello de su divina inteligencia y de su razon infinita, fuesen inagotables del pensamiento, dejase de enriquecerle al mismo tiempo con el precioso don de la palabra? Esto es inconcebible; pues hasta el mismo Platon dice *que el origen del lenguaje solo pudo ser obra de la Suprema Sabiduria*. Por consiguiente, tenemos necesidad de convenir en que nuestros primeros padres hablaron por inspiracion divina; que estos transmitieron el lenguaje á sus hijos, y así sucesivamente fué pasando de generacion en generacion hasta nosotros; pero perfeccionándose y enriqueciéndose gradualmente por medio de nuevos giros y modificaciones que le hicieron perder su primitiva fisonomia, sin dejar de conservar por esto sus principios constitutivos ó fundamentales, los cuales son comunes á todos los idiomas, porque todos ellos son hijos de un padre comun.

Este perfeccionamiento y riqueza gradual no debió ménos de verificarse sinó en virtud de la ley del progreso, por la que no sólo se rige el mundo intelectual, sinó tambien el mundo físico; así es que atendiendo á esta ley inmutable, el lenguaje y la civilizacion, cosas esencialmente progresivas, han vivido, viven y vivirán siempre en amigable consorcio, prestándose por consecuencia el más recíproco auxilio. Para apoyar nuestro aserto, no hay más que comparar el español, francés, inglés, italiano y demás lenguas modernas que se

hablaban en el siglo XI, y se verá qué cambio tan sorprendente han experimentado respecto de su forma ó estructura material en ménos de 800 años. Infiérese facilmente de lo dicho que la lengua de nuestros primeros padres debió ser pobre, esto es, un idioma acomodado á las circunstancias particulares de los mismos; pero en cambio muy figurado, por la escasez de voces propias, y por lo tanto muy enérgico y apróposito para expresar los múltiples y variados afectos de nuestra alma. Y si bien esto es verdad, tambien lo es que Dios debió concederles la aptitud de mejorar y extender este idioma primitivo, el cual vino á ser con el tiempo más idóneo para las concepciones de la inteligencia; es decir, ménos poético, pero más filosófico: casi lo mismo puede decirse que ha ocurrido en las ciencias, en las artes y en otros muchos ramos del saber humano, segun lo han ido exigiendo las nuevas necesidades de la Sociedad.

En efecto, nosotros hablamos porque oimos hablar á nuestros mayores; estos aprendieron lo mismo que nosotros, y tan solo el primer hombre tuvo la facultad de hablar sin haber oido: este solo hecho, confirmado por la tradicion y la experiencia nos viene á poner como de relieve el origen divino del lenguaje. Ignoramos, por otra parte, cuál sea la lengua primitiva; y aunque muchos han querido resolver este problema, es lo cierto que ninguno ha podido conseguirlo. Cuéntase, con tal motivo, que un rey de Egipto, llamado Psamético, y citado por Herodoto al principio del libro segundo de su Historia, encargó al cuidado de un pastor á un niño recién nacido, ordenándole que lo encerrase en una cueva solitaria en union de dos cabras que lo criasen, y prohibiéndole al mismo tiempo bajo las más duras penas que en ningun caso hablase en presencia del niño en cuestion, para que así quedase éste privado de toda comunicacion humana. Cuando el rey conoció que era llegado el tiempo en que podia hablar, marchó al lugar del encierro, y observó que el niño pronunció bien claramente la palabra *becos* que, en idioma frigio, significa *pan*, alimento el más necesario al hombre. Esta palabra fuè imitada del balido de las cabras, único sonido que hasta entonces habia podido oir; y esto ha dado motivo á la extravagancia de algunos de creer que el idioma frigio es el primitivo.

Dicho esto, pasemos á hacer la clasificacion filológica de las lenguas, exponiendo después algunas breves consideraciones acerca de las causas que más directamente han debido influir en la diversidad de las mismas y cómo se ha llegado á obtener la formacion y perfeccionamiento actual en todas ellas, ciñéndonos con preferencia á nuestra lengua patria, por sernos sin duda la más conocida.

Pero antes de todo nos parece oportuno consignar que las lenguas, como inseparables de las diferentes razas en que la gran familia humana se divide, han traído su origen y han recibido su nombre de las tres principales *Semítica*, *Chusítica* y *Jafética*, originándose éstas á su vez de la primera familia constituida por Dios en el paraiso. No ignoramos la existencia de otras divisiones de razas y de lenguas, acaso

más completas que la que hemos consignado; prescindimos de ellas por no ser nuestro objeto enumerarlas, y nos referimos á la reconocida más generalmente, y que aun forma la base de las teorías y clasificaciones modernas. Estas lenguas se dividen en cinco grandes clases, correspondientes á las cinco partes del mundo conocido; debiendo advertir que algunas del Asia y de Europa pertenecen, segun algunos, á un grupo comun, llamado indo-germánico ó indo-europeo, que comprende las grandes familias *indiana, pèrsica, romana, germánica*, y cèltica, incluyéndose entre ellas el *sanscrito*, lengua sabia de los Brahamanes, hoy usada en el Indostan, y de donde se cree que han nacido todas las lenguas indo-europeas. Mas no siendo propio de la índole del presente artículo hacer una clasificacion etnogràfica de las 200 lenguas y 5000 dialectos que, segun cálculos aproximados, se hablan en todo el globo, cumple á nuestro propósito entrar desde luego á clasificarlas con arreglo á ciertos principios de filología.

Esta ciencia que, como indica su mismo nombre, trata del conocimiento de las lenguas, las clasifica: 1.º en *lenguas madres y lenguas hijas* atendiendo á su origen inmediato: así es que la latina se dice ser madre respecto de la española, y ésta á su vez hija de aquella. 2.º en *lenguas vivas y lenguas muertas* segun que se hablan ó no en la actualidad: en tal concepto pertenecen á las primeras el árabe, el ruso, el alemán, el inglés, el francés, el italiano, el español y otras muchas; y á las segundas el sanscrito, el hebreo, el eslavo, el latin, el gótico etc. 3.º en *sabias y vulgares* segun que se conservan escritas y usadas en toda su pureza por los sabios, ó han sufrido alguna alteracion por haberse usado entre el vulgo: por ejemplo, el árabe, el armenio y el griego de los tiempos antiguos se llaman lenguas sabias ó literales; y estas mismas reciben el nombre de vulgares tal como se hablan actualmente en la Arabia, la Armenia y la Grecia. 4.º en *sintéticas y analíticas* respecto de la naturaleza de sus formas. Aquellas tienen la propiedad de expresar muchas ideas con una sola palabra; y éstas, por el contrario, para cada idea accesoria y cada relacion gramatical emplean una sola. No se crea por esto que hay lenguas exclusivamente sintéticas ó analíticas; sino que todas ellas participan más ó ménos de ambos caracteres; y por esto se dice que en unas predomina más la sintesis, y en otras la análisis; segun esta doctrina, el latin es más sintético que el español; y éste más analítico que aquél: así vemos que esta locucion *nos hemos parado*, se expresa en la lengua latina con la sola voz *stetimus*, y así en otros muchos idiomas. 5.º y último en *directas é inversas* con arreglo á su construccion: en las directas las palabras guardan respecto de la oracion un orden invariable; este orden se funda en el principio de que toda palabra regida vaya después de su regente; y en las inversas se colocan atendiendo á la armonía de la frase y al mayor grado de fuerza con que hieren nuestra imaginacion, como sucede en latin, en griego etc. en estas últimas es menester que existan desinencias y flexiones que

marquen perfectamente las relaciones gramaticales que las palabras debon tener entre sí.

Oigamos, pues, lo que acerca del particular dice un filólogo moderno. «Mucho se ha discutido sobre las ventajas que püedan existir en las lenguas directas ó en las traspositivas. Desde luego se reconoce á primera vista que la facultad de invertir, segun los movimientos del ánimo, las diferentes partes de la frase comunica al estilo más fuego y más vida, y que una lengua lengua donde esto se encuentre será intérprete fiel del pensamiento y de la pasión; pero en cambio en las lenguas de construcción lógica la narración será clara, el raciocinio fácil; y la enseñanza así como la comprensión y la comunicación de ideas se hallarán más al alcance de la generalidad, lo cual es uno de los fines de la civilización.» Por eso vemos que el lenguaje poético es comunmente más traspositivo que el prosaico.

El análisis del pensamiento es el principio fundamental y comun á todas las lenguas y á todos los pueblos, los cuales no hablan todos la misma; esto tiene una explicación natural. Las causas que más han debido contribuir á la existencia de tantos y tan varios idiomas no pueden ser otras que la diversidad de clima, el estado de las letras, de las ciencias, de las artes, de la agricultura, de la industria, del comercio y de otras muchas que sería prolijo enumerar. Los orientales han llamado, por ejemplo, *bal* ó *baal* al sol, por la mucha altura á que se encuentra; los latinos *sol*, por ser el único astro que se considera como centro de nuestro sistema planetario; algunos le han dado nombre atendiendo á su figura, otros á su luz, y otros, en fin, al calor que presta á los demás seres: y he aquí por qué diversos pueblos expresan la idea de un mismo objeto con palabras diferentes. De lo que resulta que la diversidad de leguas se ha realizado de un modo puramente convencional.

El primer lenguaje debió ser exclusivamente vocal. Sin mas auxilio que el de las vocales, como entre otras cosas dice Nodier, el hombre se elevó desde luego á las ideas de admiración, de espiritualismo, de veneración y de culto, que son las que imprimen á la especie humana el sello de un gran destino; se elevó hasta Dios, nombre bendito que, compuesto de simples vocales, se conserva todavía inalterable en todas las leguas de primer origen, y que sin duda es la más primitiva de todas las palabras; la primera exclamación admirativa en que prorumpió el hombre al verse en medio de la creación. ¡Interjección inmensa, que abarca todos los sentimientos del corazón y comprende todas las concepciones de la inteligencia! ¡Sustantivo sin artículo, que el respetuoso pudor del lenguaje no ha osado jamás someter á la regla comun de los sustantivos, porque en esta voz sacrosanta reconoció un profundo misterio y un poder indecible. Sí; ó Dios es la primera de las palabras formadas en la serie gradual de las mismas, ó toda la gramática es falsa.

Después de las vocales aparecieron sus cuatro clases fundamenta-

les de articulaciones que, atendiendo al orden de fuera á dentro en que se hallan colocados los órganos del aparato vocal, se dividen en labiales, como, por ejemplo, la *b*, en cuya pronunciaci3n predominan los labios; dentales como la *t*, que no se puede pronunciar hasta la dentici3n, y que en la emisi3n de su sonido desempeñan los dientes el papel más importante; linguales como la *l*, que más principalmente se pronuncia con la lengua; y por último, guturales como la *g*, en que para ello usamos casi por completo de la garganta.

Con tales elementos, y conociendo de antemano el nombre del Criador, pasó el hombre desde luego á nombrar los objetos materiales, para lo cual debió guiarle el instinto de imitaci3n: así que la *L*, predominó en todo lo líquido, límpido, ligero, luciente; la *T* en todo lo tenaz, terco, testáceo; la *R* en todo lo robusto, roto, redondo; la *S* en todo lo suave, serio, sabroso y á este tenor otras articulaciones. Más adelante debió echar mano de ciertas expresiones radicales para dar nombre á otros seres: la *fl* fué por lo comun una de las indicadas expresiones para dar á conocer las cosas en movimiento como la flama, la flecha, el flujo; la *st*, latina, lo fué igualmente para las de fijeza é inacci3n como estanque, estatua, estupor etc. cuya *e* inicial se ha introducido en nuestro idioma en virtud de la eufonía, que es uno de los muchos medios que han contribuido á perfeccionarlo: y de aquí que cada cosa recibiese el nombre más conforme con su naturaleza, y al mismo tiempo comprobada la verdad filológica que se consigna en el Génesis de que Adán puso el nombre más adecuado á todas las cosas, *Omnia enim quod vocavit Adam ipsum es nomen ejus*.

Nombrados ya todos los objetos concretos y materiales, faltaba desde luego dar nombre á los abstractos é inmateriales, para lo cual acudió á la traslaci3n de significados por semejanza, recibiendo los últimos el nombre de los primeros como se vé, por ejemplo en ánimo, que viene de la voz griega *anemos*, que significa aire, viento; inteligencia, de las dos latinas *intus-legere*; leer interiormente; virtud, que proviene igualmente de *virtus, vis, fuerza*, y así de todos los demás. Todo esto unido á la derivaci3n tanto ideológica como gramatical de las palabras ya conocidas, la etimología y composici3n de todas ellas, sus varias propiedades y accidentes, y por último, sus relaciones de identidad y dependencia vinieron á servir de materiales para construir y perfeccionar el gramatical edificio del lenguaje. Los ejemplos anteriores, sacados en su mayor parte de nuestra rica y hermosa lengua, como más conocida é importante para nosotros, pueden hacerse extensivos relativamente á las demás; puesto que se hallan basados en la naturaleza misma de los idiomas y en el proceso que ha seguido la palabra para su formaci3n y perfeccionamiento.

Concluamos: las palabras, segun lo dicho, son los signos orales y convencionales de las ideas; el conjunto de palabras de que cada

pueblo se vale para expresar sus pensamientos se llama lengua; cada lengua está sujeta á una reunion de juiciosas advertencias, llamadas reglas que, sacadas de la experiencia y de la observacion, nos conducen á hablarla y escribirla con la perfeccion posible: á esta coleccion de reglas se le da el nombre de gramática; la gramática se considera generalmente como ciencia y como arte; en el primer caso expone los principios inmutables y comunes á todos los idiomas, y recibe el nombre de Gramática general; y en el segundo se ocupa de la aplicacion práctica de las instituciones arbitrarias y usuales de un idioma determinado á los principios generales é inmutables del lenguaje hablado ó escrito, y se denomina Gramática particular.

Pero es infundada la distincion que se quiere hacer por algunos entre la ciencia y el arte, pretendiendo que éste se considere como independiente de aquella, lo cual es imposible; porque la teoría y la práctica constituyen indudablemente la verdadera ciencia, existiendo entre ambas tan estrechos vínculos, como los que existen entre el espíritu y la materia. ¿Qué seria, de una ciencia únicamente especulativa? Seria de todo punto inútil, porque ningun uso podria hacerse de ella. ¿Qué sucederia, por el contrario, con una ciencia que sólo fuese práctica? No se le podria considerar como una verdadera ciencia, porque carecia de principios ciertos de donde emanase: podemos, pues, concluir, sin temor de equivocarnos que al faltar la teoría ó la práctica, la ciencia queda incompleta. Segun lo cual, no haremos con fruto el estudio de la Gramática particular sin un conocimiento exacto de la general, porque aquella no puede concebirse sin la existencia de esta

Para concluir estos desaliñados apuntes, advertiremos á nuestros lectores que nos anima el propósito de insertar en nuestra Revista una série de artículos encaminados á esclarecer ciertas cuestiones sobre las cuales no están de acuerdo los gramáticos, sirviendo á este objeto como una especie de preámbulo la doctrina que anteriormente dejamos consignada.

(Se continuará.)

TOMÁS PERIAGO.

AIRE, SOMBRA, POLVO, HUMO.

I.

Vanidades de la vida,
Fugaces pompas del mundo,
Glorias que el tiempo consume,
Placeres de amargo fruto.

Quimeras que fugitivas
Pasan en rápido curso,
Ciencia que hasta Dios leantas
La arrogancia de tu orgullo;
Ansia que la vida enciende,
Fuego que apaga el sepulcro,
Poder, riqueza, hermosura....
Aire, sombra, polvo, humo.

II,

Grande es el mundo en que habito,
Pero mi nombre mas grande,
Porque las glorias del mundo
Dentro del mundo no caben.

Yo moriré y mi recuerdo
Irá en los siglos que pasen:
Tendré mi nicho en la historia;
Mi nombre será un cadáver.

Gloria, resplandor humano
Que brilla sólo un instante,
Vapor que el sol desvanece;
Humo, sombra, polvo, aire.

III.

Ciencia que en tí sola fias,
Y de tí misma te asombras,
Que no hayas luz ni misterio
Que á tus miradas se esconda,
¿Quién insondable te oculta
En oscuridades hondas
La medida sin medida
De la inmensidad que ignoras?

ATENEO LORQUINO.

Ciencia de delirios llena,
Que nuestra soberbia forja,
Rebelde ambicion del hombre,
Humo, polvo, aire, sombra.

IV.

Hoy la gentil hermosura
Que resplandece en tu rostro
De admiracion llena el alma,
De dulce encanto los ojos.

Mañana, fecha terrible,
Plazo que se cumple pronto,
Serán tus encantos ruinas,
Será tu hermosura escombros.

La vida en la tierra es breve,
La juventud es un soplo,
Relámpago la belleza,
Humo, sombra, aire, polvo.

V.

Gloria es la llama que enciende
En el corazon oculto
Amor; como el alma eterno
Y como eterno profundo.

Ciencia es la fé que ilumina
Los arcanos más oscuros,
Luz de la virtud que humilde
Vive ignorada en el mundo.

Hermosura es la esperanza,
Conciencia de un bien augusto,
Gérmen de inmortal belleza
Que Dios en el alma puso.

Lo demás que á nuestros ojos
Pasa en rápido tumulto
Es vanidad, es locura,
Aire, sombra, polvo, humo.

JOSE SELGAS.

LA VENDA DE SANTA TERESA.

Uno de los varios problemas, cuya solución busca en vano la filosofía y que ha servido y sirve de tormento á los sabios de todas las épocas y de todas las escuelas, es el problema de la representación: conjeturas más ó ménos probables, hipótesis que solo satisfacen hasta cierto punto, ó teorías atrevidas y brillantes, como la de las mónadas de Leibnitz, es todo lo que se encuentra para ilustrar al entendimiento acerca de este punto psicológico, que no puede ser más interesante, ni entrañar una importancia más alta. Sucede en esto como en otras muchas cosas, que después de fatigarse inútilmente en el camino de las investigaciones científicas y de poner en tortura las facultades intelectuales, hay que levantar los ojos á lo alto y buscar á Dios, remontándose en alas de la fé para que descifre el enigma misterioso que la razón abandonada á sus propias fuerzas ni puede comprender bien, ni mucho ménos explicar.

No sé si habrá á quien le suceda lo mismo; pero yo he pensado muchas veces que ciertas cosas, que deberían ser del exclusivo dominio de la inteligencia, caen naturalmente y sin que podamos darnos una razón convincente de por qué, bajo la jurisdicción del sentimiento; y no cabe duda de que cuando así sucede, se vislumbra un rayo de luz, á cuya tenue claridad vemos dibujarse lo que antes estaba envuelto en el espesor de las sombras. No quiere esto decir que en la cuestión tan trascendental de que antes he hablado, el sentimiento resuelva cuál es el origen y cuales las causas de la representación; no, estas cosas no son de su competencia, y por consiguiente no hay que pensar en que al calor del sentimiento la cuestión avance una línea más del punto en que la tiene colocada la sabiduría de todos los siglos; pero siendo como es de toda evidencia que la representación existe, hay que buscar el por qué de alguno de los varios fenómenos que ocasiona, en las profundidades del sentimiento.

Nuestro espíritu en el ínterin que permanece preso entre la materia y sujeto groseramente á ella con la ligadura de los nervios, únicamente sabe del mundo exterior lo que le comunican los sentidos: solo y aislado nada puede conocer por sí mismo, porque nada tampoco tiene aquí abajo el envidiable privilegio de ponerse con él en comunicación inmediata. Los sentidos, pues, son los servidores del espíritu, servidores que no sé yo si porque están cansados de la servidumbre de tantos siglos, ó porque quieran ponerse á la altura de las pequeñas grandezas de esta época, en algunas ocasiones se rebelan contra su Señor y en otras muchas no son veraces; la inteligencia suele corregir estas faltas de veracidad, porque sujeta al exámen frío

de la razón todo lo que los sentidos le presentan; y la verdad es que ese exámen riguroso proporciona muchos desengaños, que si no se olvidáran serian para nosotros una gran desgracia: figuraos, por ejemplo, que una de estas tardes en las que al despedirse el verano nos envia como recuerdo toda la fuerza de su calor, veis ocultarse el sol tras de las montañas vecinas; sus rayos de púrpura se reflejan en las azuladas nubes, la brisa que con tanto afán se espera, llega al fin empujándolas suavemente, y las ligeras gasas de que están formadas agitándose en movimientos caprichosos, presentan á la luz puntos distintos y os ofrecen cambiantes de color que es imposible copiar; á vuestros pies se extiende la llanura, y el verde en todas sus gradaciones de que se encuentra matizada, perdido ya lo terso de su brillo, os anuncia que el otoño llega acompañado de sus hermosos y apacibles dias y de sus frescas y agradables noches. Pues bien, todas estas impresiones que reciben los sentidos, las comunican al espíritu, y entonces parece que la esperanza sonríe y experimentais un bienestar indefinible; pero la inteligencia no toma parte ninguna en semejante placer, y desde las alturas de su desdeñosa superioridad os dice con una voz que no podeis ménos de oír: todo eso es mentira; no hay ni rayo de púrpura, ni nube azul, ni gasa trasparente, ni verde color, ni dia ni noche; esas son ilusiones de los sentidos engañosos, que ven constantemente lo que no hay y á los que se escapan muchas veces cosas que realmente existen; y como la inteligencia al hablar así tiene para ello sus razones con las que no quiero molestaros, sentís algunos instantes de profundo desaliento al ver, como el Caballero de la Cántiga Provenzal, desvanecerse el mundo delante de vuestros ojos, sin saber en que region os encontráis; y entonces es, cuando apartándoos de las lecciones del entendimiento os refugiáis dentro de vuestro corazón, como en un último reducto y desde allí desafiáis á todas las filosofías del mundo á que os arranquen la convicción de vuestros propios sentimientos, encontrando también en ese inexpugnable baluarte la explicación sencilla de algunos de esos misterios psicológicos que la inteligencia no tiene fuerza para penetrar. Real ó ilusoria la forma de los objetos exteriores, para el espíritu es lo mismo; él los ve con todas sus bellezas y con todos sus defectos; y á veces un suave reflejo, que parte de las personas que nos interesan y que penetra en el alma, sin que lo perciban los ojos, hace que se vea lo más oculto de sus sentimientos, como si el corazón estuviera dentro de un vaso de trasparente cristal: fenómeno consolador que Dios permite en su alta misericordia para ahuyentar la duda, que es el más insoportable de los tormentos morales. En cambio hay circunstancias en las que los sentidos no perciben cosas que debieran percibir y en las que el espíritu parece como que está adormecido; la venda invisible de que habla Sta. Teresa se corre sobre nuestros ojos sumergiéndonos en las sombras de una ceguedad relativa; inútil es en estos casos que lo que no se ha de distinguir se nos ponga sin cesar delante: ni vemos, ni oímos, ni entendemos; hay más que ceguedad, hay embotamiento

de todas las facultades con relacion á un objeto determinado; y muerta para él nuestra sensibilidad, nada de lo que le martiriza ó le daña se representa en nuestro espíritu. Yo sé una triste historia que es prueba elocuente de lo que acabo de escribir y que tengo necesidad de relatar: habia un hombre que llevaba en sus entrañas el germen de una enfermedad traidora; él se sentia morir y su profunda pena se le revelaba en el semblante; pero ¡mirad que cosa tan rara! las personas de su cariño no lo veian; poseido por esa tristeza que devora, jamás en el último tiempo de su enfermedad asomaba en sus labios la sonrisa, circunstancia que no producía ninguna clase de extrañeza; indiferente á todas las cosas de la vida, menos al cariño de su madre, nada alteraba ya los latidos de su corazón que se iba helando, y el disgusto que constantemente le martirizaba se atribuía á excentricidades de su carácter; porque es preciso confesarlo, siempre las tuvo: habia seguido y terminado una larga carrera literaria antes de que hubiera universidades libres, obteniendo en la mayor parte de las asignaturas nota de *sobresaliente*, y nunca se creyó con la competencia necesaria, en este tiempo de ridículas vanidades, ni aun para escribir artículos de periódico. Puesto en cierta ocasion en la alternativa de faltar á su conciencia, reconociendo una legitimidad en que no creía, ó condenarse á una serie de mortificantes privaciones, optó por lo segundo sin vacilar un instante, y el dia en que hizo esto fué quizá uno de los más felices de su vida: ¿no es verdad que son éstas, excentricidades incomprensibles? Resignado y modesto siempre, cuando se convenció de que las lágrimas que le hacia derramar la angustia no se veian, las devoró en silencio ahogando con ellas los suspiros que se escapaban de su oprimido y destrozado pecho. Los progresos de la enfermedad se manifestaron sin duda por síntomas cada vez más alarmantes; pero la venda tenazmente puesta en los ojos que más debieran haber visto, hizo que pasaran desapercibidos. Por fin amaneció una mañana, era dia de Pascua florida, el enfermo se levantó después de una noche de suprema angustia y fué á sentarse donde acostumbraba hacerlo; el fantasma de la muerte giraba ya á su alrededor y sin embargo las personas allegadas á su corazón no sentian ninguna clase de inquietud. Después de comer; qué comida! se levantó para ir á su cuarto —ayudadme, dijo: porque siento la cabeza débil;— á los pocos momentos se acostó y durmió el último sueño. La muerte sentada ya á la cabecera de la cama arrancó con sus frios y descoloridos dedos la venda de muchos ojos, y entonces se vió con toda claridad lo que antes no habia podido distinguirse, y se presentó en el espíritu, para no borrarse nunca el suplicio de una larga y silenciosa agonía y la amargura de una pena que no se habia comprendido. Entonces llegó también la hora del arrepentimiento y se hicieron á Dios fervientes súplicas para que prolongara algún tiempo aquella preciosa vida á fin de reparar por todos los medios el inocente daño que al que espiraba se le habia hecho; pero, quizá lo comprenderéis, era ya tarde.

Si preguntais á la ciencia el por qué de este singular fenómeno, os contestará encogiéndose desdeñosamente de hombros; por eso yo lo he preguntado á mi corazón y me ha dicho, que es efecto de la invisible venda que pone Dios en los ojos de aquellos que quiere castigar por su indiferencia, con el remordimiento de toda la vida.

R. D.

A MI AMIGO D. CÁRLOS M.^a BARBERAN.

LETRILLA.

COMO SALGA ASÍ SALDRÁ.

*Por verme casado, un lazo
Me tiendes constantemente,
Pero, amigo, á tu expediente
Siempre le di carpetazo.*

TEODORO GUERRERO.

Desde que escuché el consejo
Que pocas noches atrás,
Al hacer de mí el retrato,
Me dió Carlos Barberán,
Quisiera yo cual Quevedo
La peñola manejar,
Para vengarme con versos
De su consejo infernal.
Me dijo: «cásate presto
Y no lo pienses ya más,
Que luego después de hecho
Como salga así saldrá.»

Y á la verdad, que no acierto
Por qué me quieres tan mal;
Díme, Carlos, ¿qué te he hecho,
Que tal consejo me das?
No te basta, según veo,
Para tu encono saciar,
Que yo doblegue mi cuello
Al yugo matrimonial.

Quieres quitarme el consuelo
De que elija mi dogal,
Y me dices tan sereno,
Como salga así saldrá.

¿Eras tú el que ibas con tiento
Por no quererme hacer mal?
¿Pues qué más hubieras hecho
A no tener caridad?

¡Que yo me case en un verbo,
Sin el futuro estudiar!
Tú olvidas lo indisoluble,
Del vínculo conyugal.

Sobre todo, es un absurdo
El dictamen que tu das,
Yo jamás entraré en eso,
Como salga así saldrá.

Conozco que el matrimonio
Es nuestro estado normal,
Pero es no teniendo suegros,
Como le pasaba á Adán.

Con muchísimo dinero
También se puede probar,
Si aunque falte algún cariño
Sobra la tranquilidad.

Pero aun buscándola mucho
Es difícil de encontrar,
Con que fiese usted en aquello,
Como salga así saldrá.

Yo por más que le doy vueltas,
No acierto á explicar tu afán,
Dices que suele ver menos
Aquel que cree mirar más.

Más difícil la union veo
Si ha de ser.... así.... casual,
Que quien vá del todo á oscuras
Solo puede tropezar.

En lo dicho me mantego,
Abrenuncio, Barberán,
Quien quiera tome el consejo,
Como salga así saldrá.

EDUCACION.

Cuatro son los atributos con que dotó al hombre la divina Omnipotencia para hacerle superior á las bestias y á las fieras: la razon, la libertad, el instinto social y la palabra.

¿Qué animal por muy perfecto que le concibamos posee estas cualidades? Ellas son la causa de nuestra grandeza y predominio y ellas nos elevan sobre todo lo creado. Estas facultades ennoblecen al sér racional hasta hacerle semejante al sér de todos los séres, al autor de todo lo que existe, á la causa de todas las causas, á Dios.

Pero el hombre ¿hace siempre buen uso de esos divinos atributos con que la pródiga mano del Criador le plugo dotarle?

¿No le vemos, por desgracia, sumido en el error; y hacer el mal sabiendo que obra el mal? ¿No le encontramos, por doquiera, abusando de su libertad, de esa preciosa facultad de elegir y de querer, que cual céfiro suave todo lo fecundiza, á todo hace germinar; pero que, cuando se convierte por el abuso en licencia es el huracan que todo lo seca y lo destruye? ¿No le vemos asociarse, no para realizar grandes obras, sino para los vicios y hasta para los crímenes? Y en cuanto á su lenguaje ¿no le hallamos expresando sus ideas de un modo oscuro y confuso; adulterando las palabras que han de ser la expresion fiel del pensamiento; y otras veces valiéndose de este precioso don para seducir á los demás llevándolos por caminos torcidos á su perdicion? ¿Y hay algun medio para evitar estos males? ¿Qué estrella nos ha de servir de guia, conduciéndonos por sendas seguras, librándonos de los errores y peligros que por todas partes nos cercan? Dios, en quien no cabe imperfeccion ni dolo, nos ha dejado el remedio de estos males en la educacion.

La educacion moral é intelectual nos dispone á hacer buen uso de los atributos con que nos ha enriquecido la naturaleza y ese es su objeto.

En verdad que no podemos dejar de decir que es éste un objeto importantísimo, atendiendo á lo que es el hombre con relacion á los demás séres y con relacion á su Criador.

Pero la educacion intelectual y moral no serian bastantes para que el hombre llenara todos sus deberes y adquiriera hábitos de virtud, de orden, de caridad. A poco que reflexionemos se comprenderá la necesidad de una base, de un cimiento, en que asiente la educacion, y de donde emanen tan preciosas virtudes. Esta base, este cimiento, es el sentimiento religioso, cuyo desarrollo tiene por objeto la educacion religiosa. ¡Oh! sin religion es imposible la sociedad. La reli-

gion es el bálsamo sublime y consolador de nuestras penas, de nuestros sufrimientos, de nuestras miserias. Un pueblo excéptico es incapaz de nada bello, de nada noble, de nada grande. Los pueblos y los hombres que han realizado grandes cosas, han sido esencialmente religiosos. Todos, desde el salvaje que arrastra una vida miserable en los desiertos arenales de Africa y Asia, hasta el hombre más ilustrado de la culta Europa, sienten la necesidad de la religion. Por eso nosotros queremos que sea el cimiento de la educacion intelectual y moral.

Se me podrá objetar, que hay algunos desgraciados que no creen en los grandes beneficios que proporcionan à los individuos, à las familias, à los pueblos, à las naciones y al mundo las creencias religiosas. Compadezcàmosles, y creamos que sus facultades se encuentran raquíticas y enfermas por la falta de la educacion de esas mismas facultades, ó degradadas y envilecidas por los vicios, que son como consencuencia de la falta del principio religioso. Si las facultades de esos séres extraviados ó corrompidos hubieran sido educadas convenientemente por los maestros y por los padres, sus apreciaciones no serian absurdas, anómalas y extravagantes, ni hubieran dado entrada en sus corazones à los vicios, que matan los buenos sentimientos.

¡Ay! ¡cuándo llegará el dia que se comprendan como deben, los beneficios de la educacion! En ese dia habrá verdadera libertad, justicia, igualdad; se amarán los hombres como hermanos, esto es, habrá fraternidad. Entonces la democracia, cuyo ejercicio es ahora difícil por que no hay educacion, será fácil, será una verdad, será un hecho. En ese dia los encargados de educar las facultades tanto físicas como anímicas del hombre niño, no verán sus trabajos tan mal recompensados, ni serán tan poco considerados como hoy se encuentran.

¡Y cuántas cosas se podrán realizar entonces que hoy nos parecen imposibles! Por lo tanto, sociedad actual, si quieres libertad, justicia, igualdad y fraternidad, en una palabra, si quieres que la democracia sea un hecho, una verdad, educa, educa à tus hijos. Retribuye, respeta, considera à los maestros, que son los que han de proporcionarte tan gran bien.

Un pueblo sin educacion, sin instruccion, ha de ser siempre perverso y esclavo. Con educacion todo es fácil de conseguir: nada bueno puede haber sin ella. ¡Ay de la sociedad futura, si la presente olvida esta verdad!

FRANCISCO MACULÉ Y CARRION.

A M A R I A .

De tu hermosa cabellera
Yo ví las trenzas flotantes,
Y de tus ojos chispeantes
La mirada placentera.

Entusiasmado admiré,
Niña, tus labios risueños,
Tus blancos dientes pequeños,
Tu linda mano, tu pié.

Admiré, en fin, tu figura,
Tu donaire que fascina:
Me pareciste . . . divina,
Y no de la tierra impura.

Más tarde, mi corazón
Al tuyo conoció un día,
Y en él se encendió, María,
El fuego de la pasión.

Tú por mí sentiste anhelo,
Formé yo mil ilusiones,
Y nuestros dos corazones
Gozaron de amor un cielo.

Todo à la vez sonreía
En nuestras dos existencias,
La noche, con sus esencias,
Con sus colores, el día.

Así los meses pasaban,
Huyendo breves las horas,
Y tus gracias seductoras
Mi ilusión acariciaban.

La noche de tu partida
Con acento dulce y triste,
Entre otras cosas dijiste:
«¡No te olvidaré en mi vida!»

Después... los meses pasaron,
Las horas se sucedieron;
¡Tus palabras... se perdieron
Y en el olvido quedaron!!

De aquella dulce mirada,
Que fuego de amor vertía
¿Qué ha quedado al fin, María?
Un recuerdo... ménos, nada...!!!

E. VILCHES.